

Por eso nosotros no vamos a buscar palabras que la enaltezcan más, cosa que —confesémoslo— no lograríamos, sino a tratar, sencillamente, de presentarla como el sublime modelo de hija, de esposa y de madre.

Ninguno de los errores que la mujer comete en el perfecto desarrollo de cada una de sus tres formas de vida —valga la expresión— tiene disculpa. Con el Cristianismo se nos presentó el modelo a quien debíamos imitar semejante en todo a nosotras ya que el grande y único don que la distinguía era desconocido para ella misma.

Sería mucho extenderse el reseñar los pormenores de su vida para ir sacando las hermosas conclusiones que nos moviesen a imitarla. Además, los innumerables libros que sobre Ella se han escrito hablan alto y mejor que nosotros, no sobre la conveniencia, sino sobre la necesidad de esta imitación si queremos que haya felicidad en los hogares y un poco de paz en la tierra.

La niña ha de copiar la sumisión a sus mayores y su dulzura y sencillez. La joven, su pureza de actos, de intenciones, que no está reñida la blancura interior con la alegría externa. La esposa que la imite en la sumisión y compenetración con aquel a quien une su vida, haciendo del matrimonio no esclavitud, sino reinado. Y la madre, este sumum de la perfección de la mujer, su fortaleza y su entereza ante el dolor. Aquí fué donde la Virgen se sublimó, hasta tal extremo, que la mujer que más haya sufrido de la tierra verá: junto a aquel inmenso de la Virgen, la pequeñez de su dolor.

Sublime modelo éste que, incansable, se deja copiar. Hubo almas grandes que le consagraron el espejo de su pureza para que en él se recrease, y la Virgen, al mirarse, dejó, como correspondencia, impresa en ellas su figura. Hubo almas heroicas que, con el escople de la penitencia, fueron modelando en su alma la bella imagen que les sonreía. Hubo almas sencillas que con el pincel de la constancia supieron ir trazando en el lienzo de su vida los rasgos perfectos de la que, haciéndose esclava, llegó a ser reina. Hubo almas vulgares que, insensibles a lo bueno y a lo bello, pasaron la vida contemplando los trabajos de unas y otras, y hubo almas cobardes que, con la brocha gorda de los vicios, fueron borrando cuanto de virtuoso y noble puso Dios en ellas al crearlas.

Hubo de todo, y también ahora, por suerte de todo hay; lo vemos desde este rincón por donde va desfilando la mujer. Hoy se lo hemos cedido, reverentes, a la Reina de los Cielos, que en premio a nuestra intención, no a nuestro trabajo, nos conceda ser buenas hijas, perfectas esposas y heroicas madres.

M.º I. Pedrero